

POSESIÓN LINGÜÍSTICA DE THOMAS BERNHARD

(hablar a través del estilo ajeno: un ejercicio de ventriloquía estética)

Olga Blázquez Sánchez

“Los libros hermosos están escritos en una especie de lengua extranjera.”

—Marcel Proust,

Contra Saint-Beuve.

“Pero, ante todo, el modo de liberarme que utilizaba en aquella época consistía, según creo, en concebir la historia de la filosofía como una especie de sodomía o, dicho de otra manera, de immaculada concepción. Me imaginaba acercándome a un autor por la espalda y dejándole embarazado de una criatura que, siendo suya, sería sin embargo monstruosa. Era muy importante que el hijo fuera suyo, pues era preciso que el autor dijese efectivamente todo aquello que yo le hacía decir; pero era igualmente necesario que se tratase de una criatura monstruosa, pues había que pasar por toda clase de descentramientos, deslizamientos, quebrantamientos y emisiones secretas, que me causaron gran placer.”

—Gilles Deleuze,

Conversaciones 1972 – 1990.

“[...] lo terminó al transformar su sentido en su contrario, así él mismo, mediante una corrección total.”

—Thomas Bernhard,

Corrección.

*Sugerencia de entrenamiento: leer con fervor textos de Thomas Bernhard, muchos textos, muchas veces, dejarse poseer y poseer los textos.

[Espacio exuberante y sensual: tierra, minerales, rocas, plantas, agua, cuerpos; entre medias, algún electrodoméstico y libros de Thomas Bernhard semi-enterrados que se pueden usar y leer durante la pronunciación textual; no hay prisa: tenemos todo el tiempo que nos queda]

BLOQUE 1

1.

Se desabrochó el primer botón de la camisa que, irremediabilmente, le apretaba el cuello, justo en el lugar en el que se había hecho el corte mientras se afeitaba por la mañana con la intención de acudir de la forma más elegante posible a su puesto de trabajo, tal y como le había sugerido su jefe la semana pasada durante el momento de descanso que hay justo a la hora en la que el sol brilla en el cristal del edificio de enfrente, *debe afeitarse*, dijo el jefe, *hay que venir elegante*, cuando dijo *elegante*, lo miró, su jefe a él, de arriba a abajo posando la mirada, el jefe, en el botón de la camisa desabrochado de él, por eso había decidido, él, que, antes incluso de afeitarse, lo primero que debía arreglar era la cuestión del botón de la camisa, cuestión que, aunque parecía a todas luces baladí, resulta que no lo era en absoluto, por eso, en ese instante y, aunque, evidentemente, no tuviera a mano una cuchilla de afeitar sí que podía solucionar la cuestión del botón, así que se lo abrochó y pensó que de ahora en adelante se afeitaría diariamente. Al abrocharse el botón él, su jefe esbozó una sonrisa de satisfacción ridículamente amplia lo que, indudablemente, era muestra del poder que tenía sobre el resto de trabajadores, el jefe, y, como se deduce de esto, sobre él en concreto, ya que atreverse a esbozar una sonrisa tan ridícula y, en consecuencia, tan poco elegante era contradictorio con las órdenes, o sugerencias, más bien, que el jefe le había hecho a él, y por todo el mundo es sabido que, si existiera una mínima relación de justicia entre esos dos hombres o bien él no tendría la obligación de afeitarse y abrocharse el botón o bien el jefe no se atrevería a tamaña ridiculez y que la razón por la cual existen estas dos realidades contradictorias, o sea, la de él en la obligación de afeitarse y abrocharse el botón y ser elegante y la del jefe permitiéndose el desliz de esbozar sonrisas ridículas y poco elegantes, es que hay un desequilibrio de poder abismal que cristaliza en formas tan singulares como la presente. El corte en el cuello a la altura justo del botón abrochado generaba una incomodidad absolutamente ridícula en él, que no podía dejar de mover el cuello de una manera grotesca para airear de vez en cuando la herida producida con la cuchilla de afeitar, porque ya se afeitaba todos los días para acudir elegante a su puesto de trabajo, pero el movimiento grotesco del cuello generaba una situación caracterizada por la ironía más espeluznante ya que, a

pesar de ir afeitado, él no estaba elegante debido a los movimientos periódicos del cuello para calmar el dolor que era causado por el rozamiento del corte contra el botón, así que había que elegir: o se desabrochaba el botón y dejaba de hacer movimientos grotescos o mantenía el botón abrochado y seguía moviéndose grotescamente, de todos modos, ya era prácticamente imposible salir del terreno de lo no-elegante, la cuestión era ahora determinar estratégicamente cuál era la apariencia más elegante dentro de la no-elegancia y, por lo tanto, qué apariencia no-elegante se asemejaría más a la elegancia y le permitiría garantizar de una forma más contundente su permanencia en el puesto de trabajo. Aun pudiendo elegir entre cualquiera de las dos opciones con absoluta libertad, sin embargo, quedaba la cuestión del corte en sí, que era una manifestación simbólica y material de la violencia laboral sobre el cuerpo social y concretísimo del trabajador en cuestión, con lo cual, además de la incomodidad propia de la irritación del corte, quedaba la cuestión de la conciencia de clase y se acordaba de aquel representante sindical que le había estado dando la murga también durante la semana pasada, lo había visto justo en el instante en el que él se abrochaba el botón delante del jefe y él, o sea, el jefe, había esbozado esa sonrisa empresarial y ridícula fruto de no tener la obligación de ser elegante porque es la muestra de que la brecha social es una realidad y de que no solo es un concepto que uno lee en los pasquines que aparecen de vez en cuando en la fotocopidora y que nadie sabe, aunque todo el mundo sabe, quién los ha puesto ahí, por supuesto, el representante sindical, que tampoco se ve en la obligación de ser elegante y que incluso se ve en la obligación de no ser elegante porque tiene que sostener su imagen de luchador digno frente a sus camaradas del partido y a sus compañeros del sindicato, así que el representante sindical no puede, no debe, abrocharse el botón de la camisa, porque si se lo abrocha está claudicando y debe desabrochárselo porque desabrocharse el botón es hacer una barricada en el puesto de trabajo, y se deja la barba y se corta el cuello porque cortarse el cuello es lo más radical que puede hacer un sindicalista que se sacrifica como un mártir por los derechos de sus compañeros.

2.

No era posible, naturalmente, recordar el momento exacto en el que se había perdido, pues la brújula que Carlos le había regalado con la intención absolutamente generosa de animarla a la práctica del montañismo había dejado de funcionar sin que nadie pudiera determinar con rigurosa exactitud y certeza el momento preciso de tal suceso, por lo que resultaba alarmante no solo haberse perdido en aquel montón de geología, sino también en el tiempo; *toma esta brújula*, le había dicho Carlos, *te la regalo: es para ti*. Por supuesto, solo una brújula que funcionase podría haber servido

para ese propósito sincero que ella pensaba que él, o sea, Carlos, le deseaba fervientemente a ella y que consistía en desarrollar la práctica del montañismo sin perderse, pero una brújula rota, desde luego no servía a tan bondadoso fin, lo que significaba, en definitiva, que aquel objeto había dejado de ser totalmente el mismo objeto que Carlos le había regalado, porque el objeto que Carlos le había regalado era una brújula útil para el propósito de no perderse y en tanto que esta, o sea, la brújula, había dejado de funcionar, se había convertido, a la vez, y por algún tipo de sortilegio ontológico, en algo completamente otra cosa diferente al regalo de Carlos. Sin tener una referencia temporal del momento en el que se había producido la tragedia de la ruptura de la brújula y de la transformación ontológica del objeto, ella tampoco podía saber desde qué instante concreto había dejado de seguir el rumbo que pretendía, el rumbo lógico teniendo en cuenta su meta de alcanzar la cima de aquella montaña y, después, regresar sana y salva a su casa y, probablemente, darse una ducha, ya que las duchas son uno de los remedios más infalibles tanto para quitarse del cuerpo el polvo del camino como para reflexionar sobre lo caminado, esto último se lo había oído decir muchas veces a Carlos y sabía que era necesario porque muchos otros alpinistas, y también Carlos, por descontado, aunque Carlos no fuera del todo un alpinista sino más bien la apariencia estética de lo que se entiende por un alpinista, pues bien, digo que muchos alpinistas aluden a la necesidad casi ineludible de reflexionar sobre el viaje y las experiencias que tienen lugar en las montañas puesto que es una práctica altamente satisfactoria como alimento del alma. No obstante, la brújula, ahora que lo consideraba, ella, con más atención, tenía todo el aspecto de haber estado rota desde hacía mucho tiempo, lo que quiere decir que incluso, probablemente, pensaba ella, Carlos se la hubiera regalado ya defectuosa y, en tal caso, no se habría producido ninguna transformación ontológica ya que el gesto generosísimo de Carlos habría sido un acto de ofrecer una pérdida en lugar de una orientación y, en tal caso, ella tendría que haber estado lo suficientemente lúcida para entender que la invitación no era tanto una invitación-a-practicar-montañismo-con-seguridad-y-sin-pérdidas sino una invitación a cualquier-otra-cosa que ahora mismo, sinceramente, ella no llegaba a comprender.

3.

La barra del metro, efectivamente, se convertía en lugar de encuentro siempre ligeramente contaminado y, desde luego, para nada recomendable según el reglamento y las directrices sanitarias imperantes en aquel estado de constante excepción que tanto irritaba a todo el mundo. El feliz tiempo del contacto íntimo había dado lugar a un erotismo de la distancia auspiciado, como no podía ser de otro modo, según pensaba él, por la esperanza de encontrarse de nuevo algún día, sin embargo la esperanza de encontrarse con algo o con alguien se iba perdiendo poco a poco en la

lejanía del futuro y la barra del metro se presentaba ante la percepción actual a través del cuerpo, claramente condicionada por la forma ideológica socialmente compartida, como un objeto radicalmente separado de toda opción táctil. *Podría decirse*, se decía él a sí mismo, o sea, se decía con pensamientos, *podría decirse*, decía, *que esta barra está totalmente en otra dimensión, es un objeto fuera del alcance de la capacidad actual para pensar en su contacto con uno mismo*. Una barra de metro tan absolutamente llena de gérmenes suponía una amenaza de carácter nacional, universal, existencial, todo ello muy a pesar de ser, a la vez, un objeto cotidiano de uso irremediable durante el transporte diario y hacinado del lumpenproletariat a sus puestos de trabajo precarios. Por lo tanto, quedaba finalmente descartado, como resultada obvio dadas las condiciones sanitarias y la intersubjetividad agónica e hipocondríaca que se destilaba de ellas, la posibilidad de fantasear con la idea de posar la mano donde otra persona la hubiera posado antes; y este era un juego amoroso, o, mejor, enamoradizo, al que él solía jugar a menudo antes: imaginar sus huellas dactilares sobre la ausencia fantasmagórica y las huellas de otra persona cualquiera que hubiese estado allí en el pasado, pero, como la sanidad se había convertido en la nueva santidad, las fantasías de él ahora resultaban imposibles y *más valía*, se decía, *re-ubicar fantasiosamente la barra del metro* y relacionarla con otro tipo de prácticas más higiénicas, tocar la barra del metro solo cuando no hubiera más remedio.

4.

Desgraciadamente, lo que había querido decir se había manifestado a través de sus palabras como aquello que jamás habría querido ni pretendido desear significar, con lo que la situación la había dejado al borde de una abismal encrucijada: la de tener que rectificar, arrastrando lo que ello suponía, ya que ella era perfectamente consciente de que rectificar implicaba parafrasear y reformular buena parte de lo que ya habida dicho pero intentando esta vez esforzarse por decir lo que quería decir a través de más o menos las mismas palabras que anteriormente habían resultado del todo desafortunadas y fallidas. La segunda opción, naturalmente, consistía en obviar el error y actuar como si siempre hubiera querido decir exactamente lo que en efecto había dicho, una decisión esta última, pensaba ella, que habría que sostener durante toda la vida, durante el resto de su vida, obligándola a ser una especie de escisión de sí misma, una escisión errada, equivocada, capaz de haber pronunciado ese conjunto de palabras justamente para significar aquello que su yo-sin-escindir jamás habría ni considerado con llegar a sugerir, y sus hijos, si es que los llegaba a tener alguna vez, vivirían con una madre que no era ella misma en la medida en que acarrea en su ser con las ruinas de un significado totalmente contrario a lo que ella era capaz de soportar.

Mantenerse en la encrucijada sin elegir por ninguna de estas dos opciones, por su puesto, era también una opción nada descabellada, y, por otro lado, bien tentadora.

BLOQUE 2

[Los textos vuelven a suceder: se interrumpen entre ellos, se corrigen los unos a los otros, se comentan, se apostillan, se enfrentan, se acompañan, se completan... Entra en juego la lectura de fragmentos de libros de Bernhard —los que están semi-enterrados— en cualquier *mientras*]

BLOQUE 3

[Vuelven a repetirse los cuatro textos a la vez, al unísono; todas las acciones ocurren al mismo tiempo, simultáneamente: todo es sincrónico]

BLOQUE 4

[Pensamiento, silencio y lo que resta: todo lo demás]

FIN [si es que llega]